

Especial Joan Maragall (1860-1911)

Con motivo del centenario de su muerte (y los 150 años del nacimiento) la figura de Joan Maragall, poeta y ensayista, está más presente estos últimos meses en publicaciones, actos culturales... Queremos aprovechar la ocasión para recordar un itinerario intelectual que sigue siendo una aportación muy viva desde la perspectiva de la búsqueda de calidad humana y espiritualidad en el siglo XXI. Un itinerario que le llevó a trascender creencias e instituciones, a situarse de lleno en la vida -muy cerca de aquel "latir del Universo"-, que le empujó a solidarizarse con el sufrimiento ajeno, a ser beligerante con las estructuras injustas y amante agradecido del existir en cualquiera de sus manifestaciones.

Preguntándose porque escribe lo que escribe, Maragall viene a concluir que no puede reservarse para sí mismo esos vislumbres de Absoluto, de honda certeza, de libertad plena, de universalidad y que, compartiéndolo, puede ayudar a otros a reconocer lo que viven, esa posibilidad de eternidad aquí y ahora. Comunicar y mostrar para contagiar todo aquello recibido y hacer de su oficio un acto de agradecimiento.

En esta pequeña compilación ofrecemos, en primer lugar, un pequeño esbozo de su biografía intelectual, realizada a partir de algunos fragmentos del libro de Ignasi Moreta, *No et facis posar cendra* (Fragmenta, 2010):

- La eternidad aquí y ahora: pensamiento y religión en Joan Maragall (Ignasi Moreta)

Una selección de artículos representativos presentados aquí en orden cronológico:

Como los enamorados

La iglesia quemada

Carta a una señora

Los vivos y los muertos

La panacea

Y dos **poemas**: *La vaca ciega* y *Canto espiritual*

Y a modo de introducción, este aviso:

"¡Cuántas maneras hay de entender la vida, de sentirla! Nosotros, gentes de hoy, debemos abarcar todas las que podamos, probarlas todas, que, bien catadas, no habrá ni una donde no pueda encontrarse algún sabor, algo de aquel aroma inmortal que es el gran secreto de las cosas. ... Hoy nuestro espíritu, abierto a los cuatro vientos, es indulgente con una indulgencia robusta y de buen ser, una indulgencia más grande y más fuerte que todos los dogmas y todos los axiomas y todos los exclusivismos; porque tiene suficiente serenidad y alteza como para decir a cada uno, incluso a los más opuestos, con una sonrisa casi divina: "Tú debes tener razón, y tú también, y tú también, porque todos la podéis tener".

Ya ha pasado el tiempo de las santas indignaciones y de escandalizarse y de luchar y morir por una idea. En otra época, podía verse en ello alguna grandeza, pero creo que la grandeza de hoy, la nuestra, no consiste en morir por una idea sino en vivir para todas. Vivir, vivir todo lo que se pueda en extensión y en intensidad. "

(Joan Maragall. "Nietzsche", *L'Avenç*, 2a época, (1893), p. 195-197)

La eternidad aquí y ahora: pensamiento y religión en Joan Maragall

Ignasi Moreta

Una pequeña introducción al pensamiento religioso de Joan Maragall, hecha a partir de algunos fragmentos de la obra de Ignasi Moreta: *No et facis posar cendra. Pensament i religió en Joan Maragall* (Fragmenta, 2010. 548 p.), un valioso libro para acercarse a conocer el itinerario intelectual de Maragall.

En un tiempo y en un país en los que los debates teológicos eran un combate al que los laicos católicos no estaban invitados y en los que la coacción social del catolicismo dificultaba enormemente la exposición pública de ideas religiosas divergentes, Maragall se verá obligado a expresar su pensamiento religioso a través de composiciones de ficción; incluso, en algunos de sus artículos, deberá hacer aparentes defensas del orden dogmático establecido. En síntesis: todo ello, velos que esconden el auténtico pensamiento del escritor y de los que, sin embargo, se irá liberando con el paso de los años. Al final de su vida, Maragall se atreverá a prescindir de los personajes de ficción para expresar por escrito sus anhelos religiosos, y abandonará definitivamente la máscara de articulista convencionalmente católico que durante un tiempo había adoptado. La voz de Maragall, en polémica abierta y explícita con siglos de exégesis bíblica deformadora, mostrará el núcleo de su reflexión sin tener que recurrir a las formas poéticas. Si, durante unos años, parecía haber habido una cierta divergencia entre la poesía (transmisora de un vitalismo y un hedonismo antiascéticos y antieclesiásticos) y la prosa (previsible defensora del Catecismo), al final de su vida convergerán las intenciones expresadas en los dos géneros: ambos expresarán aquello que antes sólo afloraba en la poesía. La dualidad maragalliana -el "doble fondo", en términos de Gaziél- se resuelve finalmente en una unidad tan transparente como incómoda para muchos de sus lectores.

[...] El pensamiento de Maragall se va desplegando en público a través de poemas, artículos, discursos y ensayos, mostrándose en el curso mismo de su elaboración. Esto explica la fragmentariedad y falta de sistematicidad de ese pensamiento. [...] No se considerará nunca un filósofo ni un tratadista, sino sólo "alguien fascinado por las luces que se muestran ante mis ojos". Pero se esforzó toda la vida no sólo a describir esas luces, sino también a reflexionar y procurar comprenderlas. [...] "Quiero saberlo todo", decía un joven Maragall a su confidente Josep M. Lloret, cuando se hizo socio del Ateneo para poder utilizar a fondo su biblioteca. Desde las primeras "Notas autobiográficas" y la "Oda infinita" hasta los últimos escritos, el afán de saber será clave para comprender a Maragall.

El interés de este pensamiento radica no sólo en sus contenidos, sino en la forma de elaborarlos. Maragall no trabaja con las herramientas de un teólogo, sino con las de un poeta y un pensador -a veces, con las de un místico-. Y lo hace precisamente al inicio de un siglo en el que la religión dejará de ser patrimonio exclusivo del ámbito limitado por el templo -aunque quizás deberíamos admitir que la institucionalización de lo sagrado nunca ha llegado a monopolizarlo totalmente. En el siglo de las *metamorfosis de lo sagrado*, una sacralidad que busca refugio entre poetas y artistas más que entre los teólogos, el pensamiento religioso del poeta Maragall se convierte

en todo un signo: antieclesiástico y antiascético –pero no antimístico-, alejado de preocupaciones confesionales, al denunciar la identificación de la Iglesia con los ricos y la banalidad de las prácticas de piedad de éstos, al valorar todas las manifestaciones de fe mientras sean auténticas, el escritor se nos muestra mucho más cercano a la sensibilidad religiosa de nuestro tiempo que a la del suyo. (pgs. 19-27)

[...] El último Maragall (1906-1911) reflexiona a fondo sobre el origen y la finalidad religiosas del ser humano, marco en el que sitúa su poética y toda su obra. Llama a sus coetáneos a una fe viva, mientras profundiza sobre la relación entre tiempo y eternidad: se da cuenta de la existencia, en su vida, de instantes privilegiados de sentimiento oceánico, y se interroga sobre el resto del vivir cotidiano . Concluye, finalmente, que la tarea a la que están llamados los seres humanos es a convertir todos los instantes en eternos, de tal manera que se pueda vivir la eternidad en el tiempo o, lo que es lo mismo, una reconciliación del más allá con el más acá. [...] La actitud hacia el mundo - contraponiéndolo con el más allá- constituye el elemento de distanciamiento más radical de Maragall respecto al catolicismo de su tiempo. El escritor hace explícito este distanciamiento polemizando directamente con la teología católica coetánea. Rechaza toda religión que suponga un menosprecio a la tierra, a la sensualidad, el placer. Considera que la contraposición entre Dios y el mundo es fruto de una mala lectura de los Evangelios; con la Encarnación Dios habría asumido la realidad humana como buena.

[...] El escritor ve cada vez más clara su misión: avivar a sus coetáneos, animarlos a vivir intensamente la vida conscientes de su origen y de su finalidad. Desinteresado por la política y las grandes obras colectivas, llamará a cada hombre a ser un héroe y a vivir con intensidad cada momento. Bajo la vigilancia de un catolicismo que se contenta con la fidelidad doctrinal y el cumplimiento de obligaciones culturales a horas convenidas, hará un llamamiento a superar los confesionalismos con pretensiones monopolizadoras de Dios y, sin ser teólogo ni romper con el cristianismo católico, se atreverá a hablar de la eternidad en el tiempo desde la propia experiencia y sin miedo de utilizarla como punto de partida para una tarea de despertar que cree útil para todos. (pgs. 451-453)

Joan Maragall

Como los enamorados

(selección de dos artículos publicados en el Diario de Barcelona, en 1905)

La paz de los campos (fragmento)

[...] Era el camino sombreado que me atraía a su hora y a la mía para revelárseme. A la ida pasé por él y no lo vi; mas, a la vuelta, en el momento mismo de enfilarlo, se me ha puesto delante toda su secreta hermosura. Es un camino de enamorados, porque es umbrío al mediodía, y largo y recto; desde un extremo se ve brillar la tierra asoleada en el otro; convida a andarlo despacio con la dulce seguridad en la vista de que es muy largo y de que no hay nadie en él. En su largo curso, andando lentamente, caben muchos juramentos de amor entre los dilatados silencios en compañía, más llenos aún de amor que los mismos juramentos; y cuando se llega al fin, el amor está, no saciado, pero mucho mejor que saciado: contento y esperando más todavía.

Yo lo ando solo, pero también lentamente, como si estuviera enamorado; también es dulce a mis ojos la seguridad de su extensión y de que está todo solitario. No llevo una amada al lado, pero el bienestar de tantos como lo han llevado por estos mismos pasos míos y de tantos como la llevarán aún cuando yo esté ya Dios sabe dónde, flota en el aire del paseo y se me comunica, porque es su espíritu mismo y el secreto de su hermosura. Por esto puedo andarlo también lentamente como un enamorado.

A un lado veo los campos brillar al sol, entre las hojas; al otro, el río abajo; y el fin, delante y lejos, se me figura siempre a igual distancia. Como si no hubiera de llegar nunca andando eternamente al paso de enamorado feliz... (29-VIII-1905)

Sensaciones de otoño (fragmento)

[...] Y ya sólo quiero hablar de aquella otra sensación que os invade, estéis en lo que estéis, como una ola de amor que no sabéis de dónde viene. Os sentís abrazados por unos brazos invisibles, quizás lejanos, tal vez sin cuerpo en parte alguna: sólo el amor es seguro de ellos... Y vuestro pecho se hincha en un sollozo y vuestra frente se inclina pensativa al beso del desconocido amor que pasa. Si no habéis sentido eso, no sonríais, porque algo os falta en esta vida.

Yo no necesito atribuir todas estas cosas a presentimientos de hechos exteriores positivos, ni a telepatías, ni a espiritismos, ni a nada; ni les busco explicación, porque no la quiero: me bastan en sí mismas.

Tampoco diré si son salud o enfermedad: pero viven en mí y las amo, porque están en mi naturaleza y doy gracias a Dios que así la ha enriquecido. Y si ahora las comunico es para acrecentar esta riqueza por la comunicación; porque estoy bien seguro de que todas ellas no son un raro patrimonio mío, sino que son humanas, son de todos; y hay que decíselas unos a otros, para que cada uno exclame: -¡Ah sí, yo también; esto mismo he sentido yo; es extraño!-. Y basta ver cómo el rostro se dilata de alegría y los ojos irradian una luz más viva con esta exclamación, para adivinar enseguida el gran bien, el aumento de vida, que con la comunicación ganamos. Ya lo sabíamos, ya lo suponíamos que otros habían de sentir lo mismo que nosotros, pero esta unidad es tan profunda, y hay una tal dulce armonía en su fondo, que a cada

muestra y convicción de ella, el deleite se hace nuevo y siempre igual, señal de que brota de una fuente inagotable.

Esto es como los enamorados que todo el día se están diciendo lo mismo, que se quieren y que se quieren; y bien lo saben desde la primera vez que se lo dijeron, y aún de mucho antes de decírselo; pero como el amor es una afirmación infinita, sus devotos están en afirmaciones continuadas y no se cansan de decir sí.

Pues de la misma manera ahora o que siento la universalidad de las cosas que he dicho, tomo tanto gusto en repetir las y ponderarlas porque me parece que cada sensación que publico de ellas se me multiplica por el número de los que, al oírlas, las conocerán también por suyas y unirán sonriendo su espíritu al mío en aquel momento. Riqueza para ellos, y riqueza para mí. Y si en todas las cosas y con todos aquellos nacidos para amarnos pudiéramos hacer lo mismo, andaríamos siempre en oro.

Pero todavía estamos muy atrás en el camino de nuestro espíritu. Hay en nosotros una cierta timidez, una cierta avaricia de nosotros mismos que mantiene sepultados muchos tesoros; y, por el contrario, cuando nos decidimos a dar algo de nosotros, no damos lo mejor, sino brillantes fruslerías que no satisfacen al anhelo común, ni invitan más que a un cambio miserable. Y así quedan tantas riquezas vanas en la obscuridad, y tantas palabras de vida ahogadas en el no ser, tantos anhelos infecundos.

Hay todavía demasiada animalidad en nosotros y demasiado temor a sus instintos egoístas; [...] mida cada cual su fuerza y ejercítela en domar lo que haya de ser domado, para que lo que por naturaleza es libre pueda correr en libertad y sin peligro.

A dónde voy ni qué impulso es éste que me mueve a decir todas estas cosas, yo no lo sé. Será una más de las indescifrables sensaciones de otoño, en que parece que, con la muerte de la Naturaleza, los ángeles vuelan más al ras de la tierra, y que en cada momento atravesamos el paso de sus vuelos, y sus alas invisibles rozan por acaso nuestra frente...

Si así fuere, podré haber dicho muchas cosas vagas, y otras incoherentes y de muy poco sentido, y aun algunas incomprensibles; pero no todas del todo estériles. Y por una sola que germine y viva pido que se me absuelva del resto. (31-X-1905)

Joan Maragall

La iglesia quemada (fragmentos)

(Escrito a raíz del estallido de la revuelta popular, conocida como la "Semana trágica" (26 julio - 2 de agosto, 1909) en la que muchos edificios religiosos fueron asaltados e incendiados. Para la selección hemos utilizado la versión original del artículo que fue publicado, modificado y recortado, en *La Veu de Catalunya*, el 18-XII-1909)

Yo nunca había oído una Misa como aquella. La bóveda de la iglesia descalabrada, las paredes ahumadas y desconchadas, los altares destruidos, ausentes, y aquel gran vacío negro al fondo, donde estuvo el altar mayor, el pavimento invisible bajo el polvo de los escombros, ningún banco para sentarse y, todos, en pie o arrodillados ante una mesa de madera con un Cristo encima, y un torrente de sol entrando por el vacío de la bóveda, con una multitud de moscas danzando en la luz que iluminaba crudamente toda la iglesia como si estuviéramos oyendo Misa en plena calle. El sol caía de lleno sobre la mesa de madera donde celebrara el cura, pobremente ornamentado; mientras en el coro, sin barandilla, cantaban los otros, arrimados a la pared para no caerse... Yo nunca había oído una Misa como aquella.

[...] Y entonces me asaltó el pensamiento, el sentimiento, de que la Misa siempre debería oírse así, y me pareció que después de ofrecer el Sacrificio, el cura se giraba y de cara a la gente que iba entrando por el portal sin puerta, gente de la calle cautivada al ver así al descubierto la celebración del Santo Misterio deteniéndose encantada; que el cura -digo- se daba la vuelta y se dirigía a la multitud diciendo:

"Entrad, entrad, la puerta está abierta de par en par: vosotros mismos la habéis abierto con el fuego y el hierro del odio: y he aquí que ahora se muestra el Misterio más grande del Amor redivivo. Destruyendo la iglesia ha restaurado la Iglesia, porque ésta es la verdadera, ésta es la viva, ésta es la que se fundó para vosotros, los pobres, los oprimidos, los desesperados, los llenos de odio... Y como la veáis cerrada, enriquecida por dentro, amparada por los ricos y los poderosos y los que venían a adormecer su corazón en la paz de las tinieblas, vosotros, con vuestra pobreza, y su rebelión y su desesperación y su odio habéis embestido la puerta, y habéis abierto una brecha en los sólidos muros, y os la habéis reconquistado. Y a nosotros, sus ministros, nos habéis devuelto, con la persecución, la antigua dignidad, y la eficacia a nuestra palabra con vuestra blasfemia, y al Misterio de la Sangre, una virtud ya casi desconocida por la sangre nueva que se ha derramado en la lucha. ¡Qué asombroso! El fuego ha construido, la blasfemia ha purificado, el odio a Cristo ha reinstaurado a Cristo en su casa... Entrad, entrad, que aquí lo encontraréis como todavía no lo conocíais, como Él es en la vida y en verdad, como Él quiere ser conocido por todos, y muy especialmente por vosotros ... "

¡Qué sorprendida se habría quedado la gente ¿verdad?, qué muda y boquiabierta, si el sacerdote de pronto se hubiera girado y se hubiera puesto a decir palabras como éstas o parecidas! Y yo estoy en que las dijo, o que tales palabras estaban en el aire de aquella iglesia quemada, porque yo las oí, no sé cómo, pero sé que resonaban por mi interior, retumbaban (...) Yo nunca había oído una Misa como aquella y, en comparación, puedo decir que nunca había oído Misa. No sabemos, no sabemos lo que es eso, y quizás la mayor parte de los cristianos nos vamos de este

mundo sin haber conocido aún a Cristo. Ya es mucho que esta gente nos lo haya mostrado ahora de esta manera.

[...] ¿De dónde les viene esa fe y ese valor? ¿No os lo habéis preguntado alguna vez, cuando les condenáis? [...] Ya os lo diré yo: que la suya, aunque sin luz, es una fe viva, y la vuestra, aún viniendo esa luz del cielo durante siglos, es una fe muerta. ¿Qué hacéis vosotros para sostener vuestra fe? ¿qué hacen ellos? Vosotros la profesáis maquinalmente, de pura rutina y cumplís con ciertas prácticas exteriores mientras no impliquen fatiga ni peligro. Ellos practican la suya con esfuerzo y no se arredran si incluso han de arriesgar la vida. ¿De qué os sirve a vosotros la luz, si os habéis vuelto ciegos? Mas ellos tienen los ojos tan abiertos que un tenue vislumbre del sol de justicia que se filtra por su tiniebla alcanza a iluminarles la vida y la muerte, de una manera que escapa a vuestros ojos. Ellos son el caos que quiere brillar en la luz, mas a vosotros la luz que os llega es en vano, pues muere en vosotros mismos, porque habéis perdido la transparencia y el brillo, y la luz no puede reflejarse. Si Cristo volviera entre los hombres, digo yo que los que irían tras él serían ellos, no vosotros.

Joan Maragall
Carta a una señora

(artículo publicado en el *Diario de Barcelona*. 9-XI-1911)

Usted va siempre por extremos, señora; pues así me reprende por místico y despreciador de esta vida a poco que yo insista en su valor espiritual orientándola hacia el más allá, como me niega la hermosura que Dios ha puesto en ella y que nos deja presentir su buen fin, aun en medio del mal y del dolor que le son inseparables, En el primer caso me exhorta a tratar con gran atención y preferencia los intereses materiales, la salud del cuerpo, el bienestar y las riquezas que pueden procurarnos la satisfacción de muchas necesidades y apetitos; en el segundo se revuelve usted contra toda tolerancia del mal y aceptación del dolor, y casi llega a la conclusión de que esta vida es un mal en sí y de que más valiera no haber nacido. Y a mi me parece usted tan pagana en el primer caso como en el segundo, No absolutamente pagana en ninguno de los dos, porque bien conozco la firmeza de su adhesión a la fe cristiana y cómo se aplica a templar uno y otro estado de su espíritu con las prácticas religiosas que de aquella se derivan; pero sí relativamente pagana en cuanto dicha adhesión y sus prácticas más parecen en usted una actitud violenta de defensa contra los asaltos de aquel espíritu de paganismo que siente vivir en usted bien a su pesar, que no un natural y efusivo despliegue de un sentido verdaderamente cristiano de la vida.

[...] Tal como ha llegado a nosotros, esa contraposición entre Dios y el mundo, induce a muchos hombres y a muchas mujeres a creer necesaria cierta opción entre la vida religiosa y la vida mundana; o si no, en una alternación entre una y otra. [...] Esa escisión a mí me parece que es fuente de muchos males porque es precisamente la negación del espíritu del Evangelio. Es un error funesto del cual hemos de pedir continuamente a Dios y a su Iglesia que nos libren.

Esta escisión es la que induce a creer al hombre que vive de su trabajo, que todo esto de Dios es cosa de curas y beatas; es la que induce al acumulador de millones y placeres a creerse en paz con Dios con donar en vida o en muerte un millón para un asilo o para un templo [...] Y Dios, sin embargo, quiere entrar en el trabajo penoso, y en los millones del banquero (esto es, en el modo de tomarlos y de darlos en el mundo mismo), y en el dolor que nos aguarda en casa, y en el placer de partir el pan de cada día a nuestros hijos, y en el trato que damos a nuestros amigos y nuestros enemigos, y en el ejercicio de nuestra profesión, y en todo puede Dios esta, en todo lo del mundo.

[...] De modo que esta contraposición entre Dios y el mundo no estará sino hasta donde nosotros queramos. En cualquier parte de él donde nosotros queramos recibir a Dios, allí estará Dios y cesará la contraposición. Si sé usar de mi placer de tal modo que en él quepa Dios, en aquella parte de mi mundo estará Dios y ya no será enemiga suya; y si sé ponerlo en mi dolor, allí estará; en mi lucro, allí estará, en mi tedio, en mi flojedad, en mi desesperación, y cada una de estas cosas dejará de ser tal al unirse con Dios, Así se unifica la vida, así se hace el mudo amigo de Dios, así muere la contraposición entre lo terrenal y lo eterno, haciéndose uno en Dios.

Y todo lo demás, sin esto, a mi me parece paganismo, o una actitud violenta de defensa por adhesión superficial a la fe y a sus prácticas.

Así me he esforzado de persuadir a usted, señora, de que cuando digo que la vida es hermosa no debe usted tomarme por un epicúreo; y de que cuando digo de orientarla hacia su más allá, no debe usted tomarme por un asceta; y de que cuando digo que todo es uno, tampoco debe tomarme por un panteísta. Porque yo sólo quiero ser cristiano, y como conozco que me falta mucho para ello, me esfuerzo en vivir cuanto puedo en Cristo; y como siento la solidaridad de las almas y me parece ver muchas dormidas, quisiera despertar alguna.

Joan Maragall
Los vivos y los muertos

(publicado en el *Diario de Barcelona*. 1-XI-1911)

Esta Conmemoración anual de los Difuntos es como una corona lanzada en ofrenda al más allá por encima del muro de obscuridad que nos rodea y que nos va sorbiendo uno tras otro, sin que ninguno vuelva a decir lo que pasa al otro lado ni nos dé señal de ello. [...] Hermanos nuestros sois los millones que lo habéis pasado: ayer erais como nosotros mismos, y sabéis nuestro afán, que era el vuestro propio. Aquí nos habéis dejado golpeando el muro y queriendo ablandarlo con nuestras lágrimas para sentir algo al través, y nada contestáis: aunque hayáis sido aquí nuestro amor más fuerte, y nosotros el vuestro, nada queréis decirnos. ¿No podéis? [...] Tal vez nos llamáis a gritos y no podéis haceros oír de nosotros [...]

Tal vez nuestro error está en considerar la otra vida como cosa demasiado distinta y apartada. Algo de nuestra humanidad habrá aun en ella ¿no os lo dice el corazón? Y eternidad hay en todas, y nuestra fe no es tan ciega como exasperadamente la pintamos. Momentos de eternidad sentimos ya en nosotros mismos. Ante la naturaleza, ante los grandes afectos humanos, ante Dios directamente en la oración, tenemos momentos de luz, de exaltación, de alegría, con una gran paz al mismo tiempo, en que todo lo de este mundo nos es igual; es el puro goce del ser de cualquier modo, es la vida eterna.

Pues no busquéis más: esto es lo que os espera, un poco más claro tal vez, si lo habéis merecido, al otro lado del muro, y en ello todos vuestros muertos. Y si os ejercitáis bien en esto ya del lado de acá, si tales momentos de eternidad se multiplican y dilatan tanto en vuestra vida actual que ya lo demás de ella sea lo de menos, el muro que nos rodea se irá adelgazando, adelgazando, y sutilizándose y dejándose penetrar hasta que vacile y caiga. (1-XI-1911)

Joan Maragall
La panacea

(artículo publicado en el *Diario de Barcelona*. 16-XI-1911)

Esta distinción que solemos hacer tan terminante entre el cuerpo y el alma, es hija de la soberbia de nuestra razón que todo quiere reducirlo a sus pobres mecanismos y considerarlo dentro de las categorías bien deslindadas que le son precisas y a las que, sin embargo, escapa la vida en la inmensa riqueza de aquel misterio que es la mayor y mejor parte de ella.

Así, por ejemplo, solemos juzgar y decir con el mayor aplomo: -Para los males del cuerpo, el médico; para los males del alma, el director espiritual; para el cuerpo, medicina; para el alma, máximas, consejos, reflexión.- Pero yo me atrevo a preguntaros: -¿estáis seguros de saber bien lo que en vosotros es cuerpo y lo que es alma? [...] Yo creo que mientras vivimos en nuestra vida actual el cuerpo y el alma forman una unidad que no se puede desconocer sin grave daño: llamemos a esta unidad cuerpo animado o alma encarnada, lo mismo da, con tal que no la rompamos queriendo considerar cada cosa por su lado.

Cuando bañamos y purificamos y entonamos esto que queremos llamar exclusivamente nuestro cuerpo en el agua, cuando lo unguimos y vestimos y adornamos, yo creo que también lo que llamamos nuestra alma queda purificada y entonada, y unguida y vestida y adornada en mucho, y que si lo hiciéramos con perfecta conciencia e intención de la integridad de nuestra persona, es decir, dejando toda el alma en el cuerpo, aquélla quedaría tan bañada y adornada como éste, porque en tal caso, esto es, presidiendo el acto tal conciencia e intención de unidad, no son cuerpo y alma, cosa y cosa, sino una sola.

Lo mismo digo de cuando se promueve en nosotros un gran bien espiritual, que si entonces sabemos incorporarlo a nuestra unidad: es decir, que si sabemos orar con los nervios y con los músculos y con la sangre, todo esto que llamamos cuerpo queda igualmente mejorado. [...] Bien sabéis de cómo un enfermo se ha mejorado con sólo haberse trasladado del lugar donde enfermó a su casa; o por la simple presencia de una persona muy querida, o por una noticia buena.

Pues yo creo que el beneficio promovido por estos hechos exteriores puede lograrse igualmente, y mucho más, con un acto interior, con un esfuerzo de conciencia de nuestra unidad personal, con una invocación a aquella cosa invulnerable, pacífica, eterna, que sentimos latir en el fondo de nuestra naturaleza, a aquello que es nuestra casa de eternidad, que es un infinito de amistad siempre presente, que es una buena noticia que nos está llegando si constantemente la escuchamos; es aquel sentirse seguro en la mano de dios, sano o enfermo, en dolor o en descanso, muerto o vivo; aquella paz indestructible que no hay dolor, ni enfermedad, ni muerte, que pueda turbar; aquella cosa buena que nadie, nadie, ninguna criatura de Dios puede dejar de sentir si bien se atiende a sí mismo, porque está en la masa de lo que hemos sido hechos. Y aquella cosa, entonces, no hay sino avivarla en la conciencia de ella, no hay sino como acurrucarse uno y meterse todo en ella, para sentir cómo nos abriga y nos modela y nos vuelve a hacer en ella de modo que sentimos la vida afluir otra vez y, poco a poco, subir como una marea, invadiendo, difundiéndose por nuestros

miembros hasta reintegrarnos en la sanidad y el vigor de todos ellos. Y si entonces nuestra naturaleza no consiente tanto, es igual, el beneficio no se pierde, estamos seguros de encontrarlo en otra parte.

Pero en éste “es igual”, en el anticipado goce de este beneficio, en esta seguridad de “la otra parte” está precisamente la mayor eficacia para conservarnos en ésta. En tal indiferencia está la mayor posibilidad, porque cuanto más todo nos es uno, más fácil colocación hallamos en cualquier cosa. Cuanto más, recogíendome en mí mismo, digo: “Ya estoy muerto”, más vida siento en mí, porque entonces, en el fondo, de mi conciencia conozco que, del todo muerto, nunca podré estarlo; que ante la sola potencia de eternidad que se deja sentir en nosotros, con ser nuestra medida tan pequeña todavía para ella, la muerte es ya, sin embargo, una palabra vana.

Esta me parece que ha de venir a ser una resultante ideal de sentirnos bien unos en cuerpo y alma dentro de nuestra naturaleza; y no estar, como ahora, tan torpes, que creamos que son dos cosas enemigas que hay que servir por separado. Y así, cuando por tratar de servir al alma mortificamos innecesariamente al cuerpo, la ira de éste se siente en el alma misma porque ¿qué otro órgano tiene aquí el alma para su función? ¿Qué más alma tengo aquí sino este cuerpo? ¿Con qué ojos veo esta puesta de sol que resplandece delante de mi ventana y me inunda de sentir, de eternidad, con qué nervios la siento, con qué cerebro la ideo, con qué corazón late en todo mi ser, sino con estos ojos, con estos nervios, con este cerebro y con este corazón de mi cuerpo, de este cuerpo que con tales usos se hace alma?

[...] también es muy torpe y ridículo el otro extremo de los que atienden tanto a su cuerpo con regalos, con afeites y con drogas, que llegan a olvidar su naturaleza verdadera [...] tan preocupados están en conservar en buen estado el martillo, que no les queda tiempo para batir el hierro. Y entonces yo pregunto: ¿para qué un martillo tan bonito? Que tampoco es tan bonito, porque las cosas no se embellecen ni mejoran sino en su propio trabajo. Tratad de usar el cuerpo como alma y el alma como cuerpo y estaréis en algo de la unidad de su naturaleza y en su trabajo más propio, y por tanto es la única salud y belleza de toda ella.

Joan Maragall. Dos poemas

La vaca ciega

Dándose de cabeza contra los troncos,
avanzando desorientada hacia el agua,
sola, muy sola, va la vaca. Es ciega.
De una pedrada harto certera un ojo
le ha deshecho el boyero, y en el otro
se le ha puesto una tela. La vaca es ciega.
Va a abrevarse a la fuente que solía,
mas no cual otras veces con firmeza,
ni con sus compañeras, sino sola.
Sus hermanas por lomas y cañadas,
al silencio de prados y riberas,
hacen sonar la esquila mientras pastan
hierba fresca al azar. Ella caería.
Topa de morro en la gastada pila,
afrentada se arredra, pero torna,
dobla la frente al agua y bebe en calma.
Poco, y casi sin sed; después levanta
al cielo enorme la testuz cornuda
con gesto de tragedia; parpadea
sobre las muertas niñas, y se vuelve,
bajo el ardiente sol, de lumbre huérfana,
por sendas que no olvida, vacilando,
blandiendo en languidez la larga cola.

(Versión de Miguel de Unamuno)

Canto Espiritual

Si el mundo es ya tan bello y se refleja,
oh, Señor, con tu paz en nuestros ojos,
¿qué más nos puedes dar en otra vida?

Por eso estoy tan celoso de los ojos y el rostro,
y el cuerpo que me habéis dado, Señor,
y del corazón que en él late... ¡y temo tanto a la muerte!

Pues, ¿con qué otros sentidos me haréis ver
este cielo azul sobre las montañas,
y el ancho mar, y el sol que así brilla?

Dadme en estos sentidos la paz eterna
y no querré más cielo que este cielo azul.

Aquel que grite tan sólo «¡Detente!»
al instante que le traiga la muerte,
yo no le entiendo, Señor, ¡yo, que quisiera
parar tantos instantes cada día
para que eternos fueran en mi corazón! ...

¿O es que este «hacer eterno» es ya la muerte?
Pero entonces, la vida ¿qué sería?
¿Tan sólo sombra del tiempo que pasa,
ilusión de lo cerca y de lo lejos,
la cuenta del mucho, el poco, el demasiado,
engañosa, pues ya todo lo es todo?

¡Da igual! Sea como sea, este mundo
tan extenso, tan diverso y temporal,
esta tierra con todo lo que en ella vive,
es mi patria, Señor, ¿y no podría
ser también una patria celestial?
Hombre soy, y es humana mi medida
para todo lo que pueda creer y esperar:
si mi fe y mi esperanza se detienen aquí
¿me acusaréis por ello más allá?
Más allá veo el cielo y las estrellas,
y allí también un hombre quisiera ser:
si a mis ojos las cosas habéis hecho tan bellas,
si mis sentidos y ojos hicisteis para ellas,
¿por qué cerrarlos buscando otro *como*?
¡Si para mí jamás habrá otro como éste!
Ya sé que sois, Señor, mas dónde, ¿quién lo sabe?
Todo lo que veo se os asemeja en mí...
Déjame, pues, creer que estáis aquí.
Y cuando llegue la hora temerosa
en que se cierren estos mis ojos humanos,
abridme, Señor, otros mayores
para contemplar vuestra inmensa faz.
Sea mi muerte nacimiento mayor.